

# Prodavinci

## “En Altagracia la cosa está fea”; por Yorman Guerrero #EnPrimeraPersona

Yorman Guerrero · Wednesday, May 17th, 2017



Fotografía de Eleazar Camero

Era domingo. El reloj rozaba las 9:00 de la noche, el momento ideal para cantar cumpleaños. Las calles de Altagracia de Orituco estaban desiertas. En este pueblo agricultor de poco más de 50 mil habitantes en el estado Guárico acortan las celebraciones para resguardarse en casa temprano. Por el día y la hora resuena en mi cabeza la advertencia de mamá: “En Altagracia la cosa está fea”. Prefiero pensar que exagera.

Viví en Altagracia hasta 2008. Me marché meses después de que cuatro hombres intentaron robar una entidad bancaria y secuestraron a más de 30 clientes durante 28 horas. Una historia inédita en un pueblo donde “todo el mundo se conoce”. Los delincuentes negociaron con las autoridades y huyeron en una ambulancia llevando consigo a algunos rehenes. Después de atravesar el Parque Nacional Guatopo se

rindieron y liberaron a las víctimas. No hubo muertos.

Desde entonces visito Altagracia para reencontrarme con familiares y amigos. Aquella noche estaba con Roxana, Maru y Georgette, tres excompañeras del colegio. Fuimos a un cumpleaños. Brindamos, picamos la torta. Llegó el momento de irse. Cerca de las 9:10 de la noche, agradecemos a los anfitriones por sus atenciones en un porche donde se colaba aire húmedo. La dueña de la casa se despidió con una frase frecuente entre los venezolanos: “Se cuidan, avisen al llegar”.

A la misma hora hace cinco meses, delincuentes lanzaron granadas y dispararon contra una unidad móvil del Cuerpo de Investigaciones Científicas Penales y Criminalísticas (CICPC). Tres detectives fueron heridos. Las autoridades encontraron una granada fragmentaria sin explotar. Dos días después el pueblo fue tomado por más de 300 oficiales de Poliguárico, Guardia Nacional Bolivariana (GNB) y CICPC, quienes rastrearon la zona en busca de culpables. En Altagracia corre el rumor de que no detuvieron a los responsables del ataque.

Nos acomodamos seis en un carro de cinco puestos. Las luces del tablero titilaban.

—¿Hay que empujarlo para prenderlo? —preguntó Yajaira.

—Intenta prenderlo normal, mamá. Es una falla en la fusilera —respondió Roxana, habituada a las mañanitas de su auto.

Yajaira arrancó. Roxana, Maru y Georgette iban sentadas atrás junto con la abuela de Roxana, la señora Gladys, una viejita de rostro sereno, de 83 años, que se mueve con un bastón. Por ser el más corpulento, yo iba de copiloto. Así recorrimos trece cuadras zigzagueantes. Siete minutos de calles con el asfalto hecho añicos. Poco más de kilómetro y medio de avenidas y aceras con alumbrado insuficiente. Las pocas personas que encontramos en el camino iban con prisa. “En Altagracia la cosa está fea”, recuerdo.

El año pasado los comerciantes cerraron sus negocios a mediados de julio para protestar por el asesinato del propietario de un concurrido puesto de perrocalientes durante un robo. Marcharon junto con agricultores y transportistas, víctimas recurrentes de las bandas armadas, hasta la sede de la Fiscalía en Altagracia para exigir seguridad. En 2016 el Ministerio Público contabilizó 516 asesinatos en Guárico y lo clasificó como el duodécimo estado con más crímenes en el país.

Bordeamos el hospital José Francisco Torrealba, un centro de salud tipo I de paredes mostaza y columnas blancas. Desde afuera el dispensario más grande del municipio José Tadeo Monagas luce descuidado: la tela de alfiler que delimita la infraestructura está maltrecha. El área más occidental del hospital que da hacia la calle Hurtado Ascanio carece de alumbrado eléctrico. Es una boca de lobo.

En el cruce donde convergen la Hurtado Ascanio y la calle Ayacucho, Yajaira giró a la derecha para entrar a Las Mayitas, una urbanización de clase media alta venida a menos y azotada por los atracos. Bajó la velocidad. Esquivó varias troneras hasta llegar a su casa. Georgette y Maru se bajaron del vehículo para estirar las piernas. Nos despedimos de Yajaira y la señora Gladys. Roxana tomó el volante. El plan era ir a

cenar. Por el día y la hora sería una tarea difícil.

Ahora éramos cuatro en un vehículo de cinco pasajeros. Tomamos la misma ruta de vuelta con las mismas precauciones: Roxana bajó la velocidad, esquivó los huecos y nos preguntó qué queríamos comer. Blanco preferido por los asaltantes, todas las casas de ese sector de la calle Ayacucho están rodeadas por cercos eléctricos de alambres, un sistema de protección que se popularizó en Altagracia en los últimos años. No vimos niños jugando en la calzada, una escena común en el pueblo de mi infancia.

Llegamos nuevamente al cruce entre la Ayacucho y la Hurtado Ascanio, justo frente a la entrada oeste del hospital que está a oscuras. Distinguimos a tres hombres que trepaban con desespero el cerco maltratado del centro de salud. Uno de ellos vestía una chemise azul, otro un short playero. Al tercero no logré detallarlo en las sombras. Se veían desesperados por escapar.

Tanto a ellos como a nosotros nos sorprendió encontrar una camioneta blanca de la policía municipal estacionada frente al hospital. Era una Toyota Land Cruiser 76, tenía los faros apagados y la puerta trasera izquierda abierta. No avistamos a ningún pasajero uniformado.

—Mira a esos chamos saltando del hospital. ¡Qué locos, buscando mangos a esta hora! —dijo Roxana mientras se incorporaba al otro carril de la Hurtado Ascanio, instantes antes de que un funcionario apostado en la puerta trasera de la camioneta saliera de las sombras y desfundara su arma de reglamento.

Dos hombres más aparecen en la escena y corren justo al lado de nuestro auto, en la misma dirección. Vi a cinco personas que huían por la Hurtado Ascanio cuando una chispa amarilla estalló en la oscuridad. Quedamos en medio de una persecución policial. Escuchamos seis tiros:

Uno. El policía disparó en nuestra dirección mientras los hombres corrían.

—*¿Verga*, qué es eso?! —dije.

Dos. Llevábamos los vidrios abajo. No se oyó ninguna voz de alto.

—*¡Agáchate*, es plomo! —gritó Maru desde el asiento trasero.

Tres. Roxana bajó la cabeza y se escondió detrás del volante. Yo hice lo mismo con la guantera. El auto seguía rodando.

—*¡Coño*, Roxana, acelera! ¡Están disparándonos! ¡Cruza rápido, *coño*! —gritó Georgette, quien se escondía en el asiento trasero junto con Maru.

Cuatro. El policía volvió a disparar. Pensé que Georgette y Maru estaban más expuestas a las balas porque iban sentadas atrás. Roxana trataba de acelerar.

—*¡No puedo ver la carretera, mierda! ¡El carro no me responde!* —alertó

Roxana, quien trataba de sacar la palanca de la segunda velocidad.

Cinco. Levanté la cabeza. Vi a tres personas corriendo para reguardarse en una de las calles que desemboca en la Hurtado Ascanio. Maru hizo lo mismo, pero volteó hacia atrás. Roxana cruzó a la derecha.

—¡Roxana, dale chola, los tipos vienen detrás de nosotros! —gritó Maru en medio de un ataque de risas producto de los nervios.

Seis. La última bala tampoco nos dio. Fue un susto. No supimos por qué la policía disparó. Recordé de nuevo a mamá: “En Altagracia la cosa está fea”.

Recordé el caso de Luis Manuel Díaz, un dirigente regional de Acción Democrática que fue asesinado a balazos en noviembre de 2015. El crimen ocurrió durante una concentración de cierre de campaña de las elecciones parlamentarias de ese año. En el mitin se encontraban Lilian Tintori y la cantante de música llanera Rummy Olivo, candidata opositora para esos comicios. A partir de ese caso, la entidad figuró en el informe anual de la Fiscalía en el renglón de casos relevantes de homicidios.

El reloj del celular de Roxana marcaba las 9:27 de la noche. “Cuatro meses sin venir al pueblo y me pasa esto”, pensé.

Una llamada interrumpió la bulla dentro del vehículo. “Cállense, es mi mamá”, dijo Roxana mientras colocaba el teléfono en altavoz.

—Hija, cuidado, acaba de oírse un tiroteo por aquí cerca. Debió haber sido por el hospital. Cuídate, por favor —se escuchó del otro lado del teléfono.

—Sí, mamá. Estamos vivos de milagro.

This entry was posted on Wednesday, May 17th, 2017 at 1:29 pm and is filed under You can follow any responses to this entry through the [Comments \(RSS\)](#) feed. You can skip to the end and leave a response. Pinging is currently not allowed.